

Media hora menos

30 minutos para salir de trabajar. Empieza la cuenta atrás. El reloj marca las 14:30h pero yo siento que es casi el final del día. Desde las 8 de la mañana, día tras día, pegada al ordenador, sin descansos ni distracciones, con el único fin de ser productiva y terminar, o al menos cerrar, los asuntos estipulados para ese día. Día que deseo que se convierta en noche para seguir durmiendo.

Que al año solo hayan aproximadamente unos 20 días de descanso me parece algo aberrante. Es como si a alguien por construir un edificio con el que aproximadamente habrá estado años y años con el proyecto, diseñando, estructurando, organizando, presupuestando, de repente solo le pagases por la fachada, la parte por el todo, el todo por la nada.

Y, si encima, esas vacaciones no llegan hasta agosto, la desidia y el hastío se apoderan de un clima cuanto menos hostil y decaído. El desánimo es el rey de la monarquía empresarial.

Parece además que, conforme se va acercando la fecha de las esperadas y ansiosas vacaciones, los días se te van haciendo más y más largos y, te da por pensar en todo lo que has dado de más durante el año. Esas horas extra que no has recuperado, ese tiempo invertido en temas que ni siquiera se han tratado, todos esos privilegios que poseen otros compañeros y que, por desgracia, a ti no te han tocado, los fines de semana intensos, los madrugones, quedarse hasta las tantas o el prescindir de x planes porque "toca apechugar".

Nadie da nada. Todos buscamos algo a cambio. Huir de nuestra vida, más dinero, sentirnos importantes, válidos, heredar la empresa, que nuestros padres se sientan orgullosos, mantener una familia, un viaje, cumplir con lo convencional, ser un soldado más, ganar experiencia, hacer contactos, mano de obra barata, cubrir el trabajo menos deseado, sentirnos poderosos, alardear de nuestro puesto, caer en la trampa del desarrollo personal, ambición, sentirnos útiles, tener algo de lo que hablar, socializar, creernos indispensables, llenar vacíos, suplir carencias, seguir patrones y hábitos.

Meritocracia y dignidad chocan sus manos, vergüenza y deslealtad se rompen el brazo. No existe mayor verdad que la de pensar que dar más es sinónimo de recibir más. Todos tenemos fecha de caducidad, da igual de la parte por la que venga, empleado o empresario, jefe o compañero, algún día uno de ellos abusará de más y entonces la relación se acabará. La barrera del bien y del mal se quiebra cuando uno de los dos traspasa los límites. Cuando, por una de las partes, se espera más.

Recuerdo el primer día de trabajo. Justo acababa el examen de conducir, un examen que, estaba más que aprobado, cuando entré a estas oficinas acristaladas. Era lo único

transparente con lo que me iba a encontrar, porque pronto aparecieron los “favores” que debía hacer fuera de las funciones por las que se me había contratado.

Al principio confundía valor con aprovechamiento, es decir, cada vez que me pedían algo fuera de mis funciones lo veía como una oportunidad para mostrar mis capacidades y un reforzamiento en la autoestima al pensar que confiaban en mí para lo que fuera, porque, al fin y al cabo, eso es que estoy haciendo un buen trabajo.

Luego vinieron las tareas impuestas, aquellas responsabilidades que, además de no corresponderme, asumieron que siempre las iba a hacer yo. Eso debe ser que ya llevo tiempo y entonces me dan más trabajo porque, de nuevo, confían en que lo voy a hacer bien.

Puedo llegar a entender que van desbordados, que delegan y distribuyen las tareas, que hay mucho que hacer y somos pocos, que las cosas van bien y eso es sinónimo de más trabajo, que somos unos privilegiados por estar donde estamos y que todo siga así porque peor sería no tener nada que hacer...

Pero, todo eso colapsa con personas que, de un momento a otro, empiezan a reducir su jornada laboral, a “teletrabajar”, a tener largas y extensas reuniones, a no contestar correos, a ignorar, silenciar, colgar, apagar. A descansos que casi son años sabáticos, a vacaciones de más, a una generosa flexibilidad horaria, a una bondadosa conciliación familiar. De repente quien lleva menos tiempo, hace más horas. Quien tiene un puesto más elevado, descansa más. Los papeles se intercambian y el alto cargo deja de importar. Todo sale adelante sin él, nadie lo necesita, todo fluye con normalidad. A nadie le importa qué hace o deja de hacer. Si estará o no trabajando, si vendrá o no a la oficina. No se le espera, no se espera nada de él. Es un bodegón entre paisajes idílicos, retratos o esculturas griegas en el museo del Prado.

Y entonces, un día, una llama reluce, salta la chispa de la realidad, se encienden los fuegos del recochineo y, por un segundo, te paras a pensar en que si vivieras en el siglo XV serías un esclavo del África subsahariana, solo que ahora sin marcas de latigazos en la espalda.

Y cuando haces clic, cuando sientes que hay un aprovechamiento total, que no hay reciprocidad en las acciones y que todo es cuestión de llenarse los bolsillos a costa de otros, entonces es ahí cuando el hacer de menos te llena, te da paz.

Te propones bajar el ritmo y no atosigarte. Tomarte las cosas con calma, responder ante lo que te pertenece. Disminuir el rendimiento, prescindir de la productividad. Y, sin convertirte en uno de ellos, remar por el mismo mar.

30 minutos para salir de trabajar. Para leer el periódico, para ver Instagram, para hacer la lista de la compra, para dejar de pensar, para sentir que te pagan por no hacer nada y entonces cubrir todo lo que has dado de más. 30 minutos para el final. Mañana menos. Mañana más.

Vicky
García